

de línea que constituía el nervio de las guarniciones del norte, que permanecía fiel á su rey. La población estaba desarmada. Intimidado el cabildo por Torre-Tagle de que de no someterse á la causa de la independencia, sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario, promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó á los últimos á firmar la orden de someterse á San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte del Perú desde Chancay á Guayaquil, quedó por los independientes, San Martín tuvo una base de operaciones segura, y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería (34).

## VII

« Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del  
» Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer compro-  
» meter una acción general. Mi plan es bloquear á Pezuela.  
» Él pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin  
» cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresivamente. La  
» insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin,  
» con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre  
» en breve tiempo » (35). Esto escribía el Fabio sud-ameri-

(34) « Boletín del E. U. L. » núm. 11 de 19 de marzo de 1821 — Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », pág. 122.

(35) Carta de San Martín á O'Higgins, de 23 de diciembre de 1820, apud. Vicuña Mackenna : « El General San Martín », pág. 32.

cano en vísperas de la insurrección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en momentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba á ejecutar un movimiento, que si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la expectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose á veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados á la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la trasmite á la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en la expectativa de las combinaciones que tienen que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas, hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, ó bien dejar que el choque de las masas comprometidas, decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín, no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando á la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar á Lima, resuelto á provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejército de Huaura no alcanzaba á 4,000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no im-

sible, por lo menos muy dudoso (36). Su plan era avanzar de frente con todo el ejército sobre Chancay, mientras Arenales descendía de la sierra por entre el río Chancay y el Carabaillo, — que cubre á Lima por el nordeste, — tomando á los realistas por el flanco. Con este propósito se movió de Huaura y avanzó hasta Retes (5 de enero de 1821), estableciendo su izquierda destacada en Palpa, — al sud del Chancay — para apoyar la incorporación de Arenales, y el resto de su fuerza escalonada en el espacio de 5 kilómetros hasta Ancón, con los transportes en este puerto. Arenales, más prudente que el general en jefe, hizo presente: que tendría que atravesar más de 100 kilómetros de camino escabroso ó desierto, para colocarse á 75 ó 100 kilómetros del ejército situado en Palpa, lo que hacía la operación tan contingente como riesgosa. El proyecto fué abandonado cuando ya las reservas de San Martín estaban á 70 kilómetros de Lima y sus avanzadas á 25 kilómetros (37). La división de la sierra se incorporó entonces al ejército.

La posición de San Martín era tan falsa como mal elegida para los efectos que se proponía. Retes, que se halla á cinco kilómetros al nordeste del pueblo de Chancay, es un sitio malsano y escaso de forrajes para las cabalgaduras, que ade-

(36) « La fuerza disponible del ejército de San Martín no llegaba á » 4,000 hombres, y hay motivo para creer que ni aun á 3,000, la mayor » parte recluta y la caballada en muy mal estado ». — (Paz Soldán: « Hist. del Perú Indep. », pág. 140.)

(37) Ofi. de Arenales á San Martín de 31 de diciembre de 1820, y de San Martín al ministro de la Guerra de Chile de 2 de enero de 1821. (Catálogo de M. S. S. de Paz Soldán, núms. 45 y 103). — Carta de San Martín á Godoy Cruz, fechada en Chancay el 3 de enero de 1821, en que dice: « Mis avanzadas están en Copacabana, á cinco leguas de Lima. » Tengo formado un verdadero bloqueo á esta capital, sin atreverse el » virrey á sacar un solo hombre de sus líneas de Asnapuquio, á una legua » de Lima. Sólo espero dos batallones que deben llegarme de la sierra » para verificar un ataque general ». (Arch. San Martín, vol. XLII. M. S. aut.)

más del inconveniente de estar muy próximo á Asnapuquio (55 kilómetros), no ofrece ventajas para la resistencia. Era en condiciones mucho más desventajosas, la repetición del error ó del descuido de Cancharrayada. Los tropas españolas, superiores á las de San Martín en número, y principalmente en caballería, después de los refuerzos traídos por Canterac del Alto Perú, y reconcentradas como se hallaban en Asnapuquio, podían en una marcha forzada de una noche, amanecer sobre Retes, y obligar á San Martín á retroceder para tomar una posición más militar. El agua quedaba del lado de las tropas del rey, mientras que las independientes tenían á su espalda 83 kilómetros de arenal por el camino de la playa hacia Huacho, y 50 kilómetros por el camino del pie de la sierra hasta Sayán (38). Si aceptaba la batalla, la arriesgaba sin probabilidades de triunfo. En el mejor caso, una retirada por tierra hasta Huaura ó un reembarco en Ancón, era una verdadera derrota. Los jefes superiores del ejército español eran hombres bastante entendidos en cosas de guerra para no comprender la ventaja que les brindaba su enemigo, cuando era hasta una necesidad para ellos el moverse sin pérdida de tiempo para recuperar la preponderancia moral perdida, evitando así ser estrechados en sus posiciones. La Serna, que había sido nombrado general en jefe, con Canterac por jefe de estado mayor, propuso al virrey un plan de ataque, que fué aceptado. Pero el ejército realista estaba tan enervado por la inacción y por los sucesivos contrastes sufridos sin pelear, que pasaron varios días antes que se pudiesen reunir los elementos necesarios de movilidad. Mientras tanto, los agentes secretos de Lima, que penetraban todos los secretos, comunicaron á San Martín el plan. El general independiente, apercebido de los peligros de su posición, dispuso

(38) Véase Camba: « Memorias », t. I, pág. 368.

tranquilamente la retirada (13 de enero) y volvió á ocupar su campamento de Huaura, donde aumentó sus defensas (16 de enero de 1821).

El movimiento aventurado de San Martín, le proporcionó algunas de las ventajas que se proponía. El ejército independiente mostró que era capaz de maniobrar con orden al frente del enemigo; la deserción en el ejército realista, volvió á pronunciarse; la insurrección en los contornos de Lima por la parte de la sierra se organizó del modo que se explicará más adelante, y el enemigo burlado en sus planes, vió empeorarse su situación. En vano fué que Canterac se moviese tardíamente con toda su caballería sobre Chancay, debiendo La Serna apoyar este avance con el resto del ejército de Asnapuquio (enero 27). El virrey, temeroso de que alejadas sus tropas de la capital, San Martín se embarcase en Huacho y cayese sobre ella antes de tener tiempo de acudir á su defensa, dió contra-órdenes, y volvió á encerrarse en la defensiva inerte. « Los leales, según confesión de un historiador español, actor en los sucesos, se convencieron de que en el gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que si había alguno, era sólo el conservar á Lima mientras se pudiera, y capitular después; idea que abiertamente resistían la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles » (39). Desde este momento quedó decidida la deposición del virrey por los jefes de su ejército, que conspiraban contra su autoridad, movidos por un sentimiento de patriotismo, en que intervenía el pensamiento del liberalismo español que representaban en oposición, según en su lugar se explicó. (Véase, cap. XXV, § VIII).

Por este tiempo empezáronse á hacer sentir en Lima los

(39) Camba : « Memorias », t. I, pág. 369.

efectos del bloqueo marítimo y terrestre, á que concurría eficazmente un nuevo elemento popular y militar, creación de San Martín. Con su experiencia de la guerra en España, y como lo había practicado en el Alto Perú y en Salta durante su mando del ejército del Norte, promovió la *guerra de recursos*, por medio de partidas ó *montoneras*, como las llamaban los españoles. Dióles una organización apropiada á la espontaneidad de la insurrección, las armó, les dió jefes y les trazó un plan de campaña en sus hostilidades, convirtiéndolas en una especie de vanguardia, que como antemural á su ejército, ocultaba sus maniobras y las facilitaba con exacto conocimiento de los menores movimientos del enemigo. Estas guerrillas, que fueron aumentando rápidamente, y que tomaron consistencia cuando avanzó hasta Retes, alcanzaron á formar una división como de 600 hombres. Su punto de reunión era el pie de la sierra, de la que descendían repentinamente, interceptando en sus correrías los caminos, y atacaban los destacamentos y puestos avanzados, apoderándose de los convoyes de provisiones de boca y de las cabalgaduras, de manera de mantener en continua alarma á los realistas reducidos al recinto de la capital y del puerto cerrado del Callao. Fué nombrado jefe de todas las guerrillas, el comandante Isidoro Villar (argentino, de Salta), que había estado prisionero largos años en las casa-matas del Callao. Las diversas partidas eran mandadas por los capitanes peruanos Vidal, el héroe de Valdivia, Cayetano Quirós, Navajas, Ayulo, Elguera, y el cacique Nanivilca (que después llegó á coronel), señalándose todos ellos con proezas y golpes de mano bien combinados, que esparcieron la desmoralización en las filas enemigas, y despertaron el espíritu nacional (40).

(40) Véase : Arenales : « Mem. Hist. », págs. 2-3. — Miller : « Memorias », t. I, págs. 265-266 — Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. », págs. 147-148.

Para dar forma política y legal á la ocupación militar del país, y fijar las reglas de su conducta pública ante la masa de los gobernados, expidió en Huaura á título de libertador y en nombre de « los derechos del continente americano », una ley orgánica con la denominación de « Reglamento Provisional », á fin de preparar, según sus palabras, « la reforma del » nuevo orden de cosas, y no dejar en la incertidumbre los » derechos de los particulares al arbitrio de un poder indefinido ». Su preámbulo, redactado por Monteagudo, estaba lleno de frases huecas y sonoras, sin doctrina y sin declaración de principios republicanos. Su parte dispositiva, se reducía á dividir el territorio ocupado por las armas libertadoras, en cuatro departamentos, á saber : Trujillo, Tarma, Huaylas y la Costa, regidos por un presidente cada uno de ellos, y subdivididos en partidos ó distritos con un gobernador político cada uno de ellos. Los presidentes y gobernadores administrarían justicia dentro de sus respectivas jurisdicciones en las causas no reservadas á la potestad suprema y á la autoridad militar, ó que por su especialidad tuviesen tribunal propios, y sus sentencias serían apelables ante una corte establecida en Trujillo (41). Este fué el primer bosquejo de constitución administrativa del Perú y el primer ensayo de gobierno nacional.

Hacia tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en este lapso de tiempo, había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1,500 hombres; conquistado todo el norte, dispersando otros tantos soldados; recibido en su seno el contingente de un batallón defecionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y otros tantos desertores del enemigo; insurreccionado gran parte del interior

(41) « Reglamento provisional » etc., de San Martín de 12 de febrero de 1821 en Huaura (Quirós : « Colección de leyes y decretos del Perú »).

del país y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto ó aprisionado más de 2,000 hombres en la campaña de la sierra, según se explicará; adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechando el asedio de la capital del Perú próxima á sucumbir sin combates. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado en el espacio de esos tres meses, con 4,000 hombres contra 23,000. El éxito daba la razón al juicioso plan de campaña de San Martín, acusado de inacción ó timidez en esta ocasión, demostrando hasta en sus desvíos y ulterioridades previstas ó lógicas, que era el único posible dada la desproporción de las respectivas fuerzas, y la necesidad de conservar íntegras las invasoras, para consolidar la base de la independencia del Perú.

Ahora, para completar el cuadro de la campaña hasta principios de 1821, se hace necesario seguir á la división de Arenales, que dejamos en marcha al interior del país, al tiempo del reembarco en Pisco. (Véase cap. XXVI, § VII.)